

y natural, así como en el criterio con que nuestro compañero juzga algunos actos de la gobernación del Almirante, ha podido haber exceso, condición es esta de toda reacción, y la reacción era inevitable, puesto que el nombre de Colón está sirviendo desde hace más de dos siglos de pretexto para las más atroces diatribas contra España; diatribas que, si cabe, se han exacerbado todavía más en estos últimos tiempos, coincidiendo en ellas, por raro caso, los ultra católicos, como Roselly de Lorgues, y los incrédulos y positivistas más rabiosos, como Draper. También la paciencia tiene sus límites, y si es cierto que Colón no tiene la culpa de las sandeces y mala voluntad de sus apologistas, también lo es que en toda alma genuinamente española ha de ser muy fuerte la tentación de demostrar, si se puede (y las pruebas están bien á la mano), que ni los españoles que protegieron y acompañaron á Colón eran tan imbeciles, tan crueles, tan malvados y tan ingratos como se supone, ni el Almirante era tampoco aquel ser impecable y desvalido, ni aquella excepción maravillosa en medio de un siglo bárbaro; sino, al contrario, un grande hombre que participaba de todos los errores y pasiones de su tiempo. Entre los malos gobiernos

coloniales ha habido pocos tan malos y desconcertados como el de Colón en la isla Española; y si el crimen de la esclavitud se consumó en las Indias, nadie antes que él pudo introducirla, y él fué el primero que envió de una vez quinientos esclavos caribes al mercado de Sevilla. La justicia histórica se debe á los grandes y á los pequeños, y á nadie exime de ella la categoría de genio, aunque naturalmente incline el ánimo del historiador á no insistir mucho en estas sombras, que, habida consideración al tiempo (consideración que amengua bastante la parte de responsabilidad individual), no son tantas ni tales que obscurezcan la grandeza del esfuerzo inicial y de la maravillosa obra cumplida. Ni nadie hubiera reparado mucho en ellas, si tal cúmulo de irritantes injusticias no hubiese excitado la fibra patriótica de muchos, llevándolos tal vez á recargar las tintas negras del cuadro. No basta, como cándidamente creen algunos, repetir á cada paso que la gloria de Colón nos pertenece; que su nombre y el de España son inseparables; y otros tales rasgos enfáticos, que de ningún modo pueden quitar el escozor y la amargura á los que formalmente estudian estas cosas, y saben que lo corriente y lo vulgar en Europa y en América, lo que

cada día se stampa en libros y papeles, es que la gloria de Colón es gloria italiana ó de toda la humanidad, excepto de los españoles, que no hicieron más que atormentarle y explotar inicua y bárbaramente su descubrimiento, convirtiéndole en una empresa de piratas. Esta es la leyenda de Colón, y esta es la que hay que exterminar por todos los medios, y hacen obra buena los que la combaten, no sólo porque es antipatriótica, sino porque es falsa, y nada hay más santo que la verdad.

No nos detendremos en un gran número de disertaciones y monografías, á alguna de las cuales habrá de hacerse referencia más adelante, porque queremos llegar á la obra del señor Asensio, que nos ha dado ocasión para esta reseña crítica, y que es hasta ahora la más extensa de las publicadas en España, con ocasión del fausto suceso que hoy se conmemora. Dada á luz en dos grandes volúmenes por una casa editorial de Barcelona, con notoria elegancia tipográfica y mejor gusto que el que en otras ediciones catalanas suele advertirse (1), reco-

(1) *Cristóbal Colón.—Su vida.—Sus viajes.—Sus descubrimientos*, por D. José María Asensio, Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras..... Barcelona, Espasa y Compañía, editores, dos tomos folio. Edición ter-

miéndose desde luego á la consideración por el nombre de su autor, antiguo é infatigable explorador de nuestras antigüedades históricas y literarias, especialmente de las relativas á su patria, Sevilla, y á Cervantes, su autor predilecto, de cuyas obras posee una de las más ricas colecciones. El ha sido alma de la *Sociedad de Bibliófilos Andaluces*, y uno de los primeros despertadores del gran movimiento bibliográfico que en aquella ciudad existe, y que ojalá encuentre imitadores en otras regiones de la Península. Por ella se han salvado del olvido gran número de joyas literarias y de útiles documentos; y aun limitándonos á los trabajos personales del Sr. Asensio, todo el mundo sabe que él rescató y publicó el *Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones* de Francisco Pacheco, de quien escribió una biografía de las más completas y nutridas que poseemos. En estos últimos años, sus aficiones parecen haberse inclinado á la parte del americanismo, y de ellas es fruto la voluminosa *Historia de Colón* que tenemos presente.

minada en 1891. Lleva oleografías, orlas, cabeceras, viñetas alegóricas, una carta geográfica y otros adornos.

Parecerá á algunos que tal obra no era necesaria, y que quizá las especiales dotes de su autor hubiesen campeado más libremente en una serie de disertaciones encaminadas á ilustrar los puntos oscuros de la vida de su héroe. De este modo el Sr. Asensio hubiera podido dar á su trabajo un carácter más erudito y más del gusto de los especialistas, y dar asimismo muestra más cumplida de la copiosa erudición que en la materia posee. No le censuraremos, sin embargo, por haber preferido una forma de exposición más popular y amena, porque ya se dejaba sentir la falta de un libro que recogiese los resultados de la investigación colombina de estos últimos años, desterrando errores muy vulgarizados y poniendo al alcance de todos las más esenciales rectificaciones. Bellísima es la biografía de Irving; pero tiene cerca de sesenta y cinco años de fecha, y hoy los estudios críticos van muy de prisa. La gente de mundo, los profanos, leen más bien á Larmatine ó á Roselly de Lorgues, lo cual es peor que no leer nada; y se llenan la cabeza de ideas falsas y melodramáticas. Era evidente, por tanto, la necesidad de que se escribiese una nueva biografía popular de Colón, y que en ella entendiese un erudito de profesión, do-

tado además de las suficientes condiciones de estilo para hacerse leer. De este modo ha resultado un libro sólido á la vez y agradable, como fundado en los documentos originales, y escrito con suave calor y con viveza de imaginación histórica. La crítica autorizada lo ha reconocido así por boca del ilustre americanista Próspero Peragallo, autor de trabajos tan importantes, sobre el origen, patria y juventud de Cristóbal Colón (1), y adversario no indigno de Harrise en muchas cuestiones. El artículo de Peragallo publicado en la *Ressegna Nazionale* hace casi inútil toda nueva recomendación (2) del libro del Sr. Asensio; la cual, por venir además de persona casi ajena á estos estudios, como yo lo soy, tendría mucho menos peso. Conste, pues, que, según el señor Peragallo, la obra de Asensio es «un estudio histórico diligente y concienzudo, que ocupará un puesto eminente en la literatura colombina por el sano criterio con que está ejecutado, por la importancia de los documentos que le enri-

(1) *Origine, Patria e Gioventù di Cristoforo Colombo. Studi critiche e documentari.* Lisboa, 1886.—*Cristoforo Colombo in Portogallo.* Génova, 1882.—*Colombo e la sua famiglia.* Lisboa, 1889.

(2) 1.º de Marzo de 1892.

quecen, así como por el brío y elegancia de la exposición, que al lado de páginas donde corre sencilla la narración ó la discusión, presenta muchas otras inspiradas por un justo afecto hacia el Nuevo Mundo, y dictadas por aquella elocuencia que viene del corazón, el cual es la más pura y legítima fuente de la elocuencia.» Y añade todavía el Sr. Peragallo este espléndido elogio, que con mucho gusto traduzco: «El autor, con la ciencia profunda que posee y con el entendimiento de amor que le distingue, el entendimiento que da la intuición de lo bello y de lo magnánimo, ha sabido mantenerse lejano de las exageraciones fantásticas de cierta escuela *hagiológica* moderna, al paso que también se ha desdenado de asociarse á la abierta malevolencia y á las insidiosas inducciones de la escuela opuesta; y así nos ha dado una historia recta, imparcial, sin ser fría ó indiferente; la cual, á la vez que se lee con deleite, nos instruye larga y sólidamente sobre las innumerables vicisitudes de una vida llena de incertidumbres y de peligros, de goces y de dolores, y de abatimientos, de batallas y de triunfos, como fué la vida del inmortal descubridor de las Indias occidentales.» Hasta aquí Peragallo, y á sus palabras me asocio,

puesto que yo no había de decirlo tan bien.

Pero mi amigo el Sr. Asensio, siempre descontentadizo de sus propias obras, solicita de doctos y de indoctos algo más que elogios vagos y generales. Así acudió al buen consejo y erudición de Peragallo en solicitud de reparos y enmiendas, y algunas, aunque de mero detalle, hizo aquel historiador italiano, especialmente sobre la residencia de Colón en Portugal; no sin advertir previamente que no daba importancia á semejantes descuidos, inevitables en una obra tan vasta, y que, por otra parte, podían ser simples diferencias de apreciación sobre puntos cronológicos todavía no resueltos.

Yo, recusándome desde luego por incompetente en la materia, puesto que hay mucha distancia de haber leído las cosas á haberlas estudiado, voy también á complacer al señor Asensio poniendo algunas tachas á su libro, no ciertamente en los detalles, que él conoce mucho mejor que yo, ni en el plan general de la obra, que me parece excelente, sino en algo que me parece que falta ó que sobra. Como el libro seguramente no se ha de quedar en la primera edición, quizá alguna de esas observaciones podrá ser útil para la segunda.

Noto ante todo la ausencia de una introduc-

ción, en que se condensan las principales nociones geográficas, antropológicas y filológicas concernientes á la parte de América descubierta por Cristóbal Colón, dando así idea clara, en cuanto lo permite la ciencia actual, del estado de aquellas regiones y de las gentes que las poblaban antes del descubrimiento. Comprendo que la tarea es difícil; pero yo no pido un tratado sobre la América precolombina, que quizá no puede ni debe escribirse todavía, sino un preliminar que nos haga conocer en sus rasgos capitales la tierra y los hombres que van á ser materia de la narración.

Todavía me parece más necesario otro preliminar que conduzca la historia de las ideas y de los hechos geográficos desde los mitos de la antigüedad hasta las navegaciones de los portugueses, que son precedente indispensable de las de Colón. De este modo no resultará aislada aquella empresa, y se comprenderá en su unidad sublime el arranque con que nuestra raza ensanchó los angostos términos del antiguo mundo y completó el conocimiento del planeta. Gran parte de la materia de esta introducción, especialmente en lo que toca á las ideas y conjeturas científicas que influyeron en la era de los descubrimientos, está ya admira-

blemente elaborada por Humboldt, de cuyo libro siento que haya hecho tan poco uso el señor Asensio. Hay algo en él que solamente interesa á la ciencia pura; pero hay mucho que sin la menor dificultad puede adaptarse á una narración fácilmente comprensible para toda persona culta, aunque no haya hecho especial estudio de la astronomía ni de la ciencia náutica.

De este modo concibo yo la doble introducción de una *Historia del descubrimiento del Nuevo Mundo*. No olvidamos que el señor Asensio ha titulado sencillamente su obra *Cristóbal Colón*, lo cual anuncia pretensiones más modestas y como de mera biografía. Pero él mismo parece haber reconocido la necesidad de ampliar un tanto el desarrollo de su argumento, puesto que va sembrando, ya en el libro primero, ya en muchas notas y aclaraciones, considerable número de especies que, en mi concepto, tendrían lugar más adecuado en los preliminares que yo propongo.

Entrando ya en el cuerpo de la biografía, observaremos que el Sr. Asensio, haciéndose cargo de las distintas opiniones sobre la patria del Almirante, se limita á darle por genovés, según su propio testimonio y el de su hijo, con-

signados uno y otro en documentos públicos; y á nuestro entender esto es todavía lo más seguro, aun después del interesante folleto en que el erudito bibliófilo D. Francisco R. de Uhagón quiere, con documentos de los archivos de las Órdenes Militares, hacerle hijo de Saona. Mucho respeto nos inspiran tales documentos, y no dudamos que los caballeros de las Órdenes procederían con toda legalidad en este género de pruebas; pero se nos ocurre que siendo tan generalmente ignorados, aun de su propia familia (como en las *Historias* de D. Fernando vemos), los primeros sucesos de la vida del Almirante, más fe ha de merecer su propio testimonio que el ajeno, aunque sea de sus deudos. De todos modos, la cuestión, desde el punto de vista español, nada importa, puesto que siempre resulta Colón nacido en el territorio de la República de Génova.

Con muy buen acuerdo excluye el Sr. Asensio de su historia todo lo referente á los primeros años de Colón, á sus supuestos estudios en Pavía, etc. Nada de esto tiene más apoyo que tradiciones novelescas y sin fundamento, si merecen llamarse tradiciones las que se inventan *à posteriori* sobre todo gran personaje histórico. El primer hecho conocido de la vida de Colón

es su expedición de corsario en servicio del rey Renato de Anjou, y aun para eso es muy difícil determinar la fecha.

Más severo hubiéramos querido al Sr. Asensio con algunas de las tradiciones de la Rábida, y sobre todo que no se limitara á insinuar tímidas dudas sobre un documento tan evidentemente apócrifo, tan ineptamente forjado, tan de estilo y sabor moderno, que sólo el extravío de un piadoso celo ha podido hacer que le diesen por bueno los redactores de la *Revista Franciscana* (1879), y que tantos otros le hayan reproducido después, sin averiguar siquiera su procedencia. Claro es que aludo á la famosa carta que empieza: *Nuestro Señor ha escuchado las súplicas de sus siervos.....* ¿Quién será el discípulo de Roselly que sorprendió la buena fe de los hijos del Seráfico Patriarca con una invención tan mal urdida? ¿Ni para qué necesita la Orden de San Francisco, cuya gloria en el descubrimiento del Nuevo Mundo brilla de un modo tan radiante, el apoyo de documentos falsos, ni el que se multipliquen sin necesidad ni propósito las idas y venidas de Colón á la Rábida?

Lo que sucede con esto del descubrimiento es que, después de cumplido, todo el mundo

exageró más ó menos su participación en él; y al lado de la leyenda franciscana de la Rábida, surgió la leyenda dominico-salmantina que pone en las nubes la intervención de Fray Diego de Deza, y las famosas juntas de San Esteban (que tienen por junto la autoridad del P. Remesal, el cual estaba tan enterado como nosotros de lo que allí pasó), y la leyenda de los biógrafos de la casa de Moya, que dan á doña Beatriz de Bobadilla poco menos que el papel principal. También el duque de Medinaceli salió reclamando parte en los provechos, porque había tenido en su casa dos años á Colón. Todas estas opuestas pretensiones han introducido tal laberinto y confusión de especies en todo lo anterior á la partida de Colón, que algunos han llegado hasta el extremo de no creer nada sino lo poco que el mismo Colón quiso decirnos. Pero todo extremo es vicioso, y á nuestro entender el Sr. Asensio ha sorteado hábilmente los escollos, aunque condescendiendo casi siempre con la tradición.

Después de las capitulaciones de Santa Fe, la historia empieza á verse más clara; pero todavía hay malos pasos y obscuridades y contradicciones antes de llegar al momento del embarque, y eso que en esta parte ha tenido el

Sr. Asensio la suerte de añadir un documento á los ya conocidos: es á saber, la declaración del grumete de Moguer Juan de Aragón, que nos informa de la curiosa coincidencia de la salida de Colón con la de los judíos expulsos: documento hallado en el archivo de Indias por don Fernando Belmonte.

Apenas cabía novedad en el relato de los viajes, puesto que los documentos están al alcance de todos, y han sido ya hábilmente utilizados por otros biógrafos, especialmente por Irving, á cuya exposición se asemeja más que á otra ninguna la del Sr. Asensio, y no lo decimos en son de censura, puesto que difícilmente podía elegir mejor modelo. Lo que falta, lo mismo en el historiador norteamericano que en el español, es la discusión de ciertas cuestiones técnicas que el Diario del Almirante sugiere: algunas de las cuales fueron tratadas ya por Humboldt, y otras sólo pueden serlo por especialistas. Una de estas cuestiones es la relativa á la separación de Martín Alonso Pinzón, que la mayor parte de los biógrafos, y con ellos el Sr. Asensio, califican de deserción y juzgan durísimamente, al paso que el Sr. Fernández Duro, en recientes escritos, quiere defenderla y justificarla desde el punto de vista náutico.

La descripción de la entrada triunfal de Colón en Barcelona de vuelta del primer viaje está un poco anovelada y recompuesta, no porque la entrada no fuese solemne, que esto parece que resulta claro de los testimonios de Las Casas y Oviedo, sino porque carecemos de todo documento y de todo pormenor sobre el asunto.

Pero es inútil insistir en estos reparos, que en nada amenguan el sobresaliente mérito de la obra del Sr. Asensio. Reálzanla el conocimiento perfecto de la materia y de cuanto sobre ella se ha escrito, la extraordinaria lucidez de exposición, el estilo, que corre siempre limpio y fácil sin afectación ni alarde retórico, y el noble entusiasmo y calor comunicativo con que el autor sabe leer é interpretar la historia. La utilidad de la obra se completa con gran número de apéndices, que reproducen íntegros los principales escritos de Colón y los más importantes documentos relativos á su persona, así como algunas memorias y disquisiciones publicadas en estos últimos años, y que sería difícil haber á las manos en su primitiva forma de artículos ó folletos.



LOPE DE VEGA Y GRILLPARZER